

R 1850

C. 127326

DISCURSO

PRONUNCIADO

POR EL

Exemo. Sr. Don Hipólito Casas,

RECTOR DE LA UNIVERSIDAD LITERARIA DE ZARAGOZA

al presidir la

FIESTA ESCOLAR

Celebrada en Logroño el 24 de septiembre de 1910.



— IMPRENTA —
HIJOS DE ALESÓN
— EL RIOJANO —

R
1850

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

MANUSCRIPTS

1800-1850

DISCURSO
PRONUNCIADO

POR EL

Excmo. Sr. Don Hipólito Casas,

RECTOR DE LA UNIVERSIDAD LITERARIA DE ZARAGOZA

al presidir la

FIESTA ESCOLAR

Celebrada en Logroño el 24 de septiembre de 1910



— IMPRENTA —
HIJOS DE ALESÓN
— EL RIOJANO —

R. 23.444

DISCURSO
PRONUNCIADO

FOR EL

Excmo. Sr. Don Hipólito Casas,

RECTOR DE LA UNIVERSIDAD LITERARIA DE ZARAGOZA

al presidir la

FIESTA ESCOLAR

Celebrada en Logroño el 24 de septiembre de 1910




IMPRESA DE ALONSO
EL MOLINO

F. 1910



Hipólito Casas





Señores:

Con acertado y plausible acuerdo vienen obligadas las Juntas provinciales de Instrucción pública á celebrar anualmente la *Fiesta Escolar*; y meritísimo es el pensamiento de la de Logroño, celosa como la que más en el cumplimiento de sus deberes, al querer dar al presente acto la mayor ostentación, solemnidad y brillo, aportando para ello la presencia de dignas autoridades, la representación espléndida de corporaciones ilustres, la concurrencia del cultísimo magisterio riojano, nunca tarde y dispuesto siempre á nobles requerimientos, la seductora alegría de infantiles corazones que regocija nuestras almas, el encanto de la mujer que ornamenta y matiza con sus gracias las empresas de la vida, y este salón grandioso que sirve de majestuoso marco á cuadro de tanto color, animación y hermosura.

Puedo asegurar que en este palacio de la Minerva riojana, recuerdo vivo de un patriota insigne y bienhechor de Logroño, palacio cimentado sobre el suelo que ocupó el viejo edificio donde yo recibí la segunda enseñanza y por cuyos alegres contornos rodaron las doradas ilusiones de mi vida, se encuentra aquí presente ó representada, para satisfacción de todos, la mayor y más brillante expresión de la cultura de esta tierra bendita, la Rioja de mi alma, la Rioja de mis amores.

No hubiera pretendido yo ocupar esta presidencia que, aparte el cargo que desempeñe, siquiera inmerecidamente, habría estado perfectamente desempeñada por cualquiera de vosotros, si vosotros mismos, señores de la Junta Magna, organizadores de la presente Fiesta, no me hubierais buscado y solicitado con el imperioso influjo de vuestro afecto amoroso para conmigo. Y ya por esto, ya por deberes que el cargo me impone, yo también por el interés que me embarga y subyuga en cuanto se refiere á la pública enseñanza y á la cultura del pueblo, vengo aquí, ante vosotros, á presidir esta fiesta hermosa y ponerla remate con palabras de entusiasmo para todos y de alabanza para la nunca bastante ponderada y honrosísima clase del Magisterio riojano.

Estimo en todo su valor la autoridad que represento en el distrito universitario de Zaragoza y la que vosotros me dispensáis en este acto; y de ello surge el embarazoso compromiso en que me encuentro al dirigiros la palabra. Me anima, no obstante, y me da bríos y alientos el hallarme entre vosotros, es decir, entre los míos; y así es: porque, si para los unos soy el amigo del alma y el compañero que comparte honores y fatigas profesionales, para los más soy el hermano, hijo como ellos de esta tierra, en la cual mis ojos se abrieron á la luz de la vida, bellísima región de nuestra España, celebrada por los poetas y encomiada por los cronistas, la Rioja de mis embelesos, engalanada con un cielo que mueve á regocijo, acariciada por un sol que vierte esplendores de hermosura, orlada con la corriente del Ebro, fecundada por la nieve de sus montes y por los ríos de sus valles, altiva como sus cumbres, risueña como sus colinas, plácida con las auras de sus verdes selvas, gallarda con las altas torres de sus Iglesias, artística con sus monumentos, piadosa con sus santuarios, hidalga con la nobleza de sus costumbres, orgullosa con el donaire de sus mujeres, heroica con las proezas de sus hijos, libre con vitales alientos de independencia y ufana con los hechos de su historia....

La Rioja de mis cariños: cuna y vínculo de varones insignes en la Iglesia, en las armas, en la nobleza, en la gobernación del Estado, en las ciencias, las letras, las artes, la industria y el comercio.

Aquí nació San Millán, el profeta de la destrucción de Can-

tabria, biografiado por San Braulio y cantado por Berceo, que dió renombre á Cenovio celeberrimo y grito de combate á las armas cristianas cabe los muros de Calahorra y en la jornada de Simancas. Aquí Santo Domingo Manso, con quien andan entroncados los Mansos de Zúñiga, fundador y abad del Monasterio Silense, tan glorioso en santidad como afamado por sus prodigios. Aquí Santo Domingo de la Calzada, el Abrahán de la Rioja, que echó cimientos al pueblo de su nombre, ángel de caridad y maravilla de ingenio, merecedor de los agasajos de Alfonso VI y los elogios de la historia, cuya memoria imborrable os recuerdan el antiguo puente de Logroño y la solitaria capilla de la Ruavieja. Aquí, prescindiendo de otros, y en tiempo cercano al nuestro, el beato Jerónimo Hermosilla, Obispo y patriarca de tonquinas cristiandades, hombre de viva fé, corazón celtíbero, héroe de proezas cuasi legendarias, en quien centelló el genio de los grandes caudillos, impávido ante la proscripción de su cabeza, indomable á la fiera persecución de emperadores y mandarines, Mártir de Cristo, estrella brillante del cielo dominicano, gloria de nuestra patria y ornamento de mi pueblo.

Nuestros son el Cardenal Aguirre, Salomón de España, á quien Bossuet llamó antorcha de la Iglesia, preclarísimo historiador de nuestros concilios; los Mansos de Zúñiga, los Cuadras, Aguirianos, Berroetas, Lizanas, Navarretes, Samaniegos, Manriques de Lara y tantos más que enaltecieron el episcopado católico; sin que pueda dejar en silencio á Fr. Domingo de Silos Moreno, el gran Obispo de Cádiz, porque aquel templo Catedral, levantado por los esfuerzos del hijo de Cañas, y la estatua erigida por el pueblo gaditano protestarían á gritos de la omisión indebida.

Nuestros son, entre muchos otros, los Velascos, Arriagas, Honcalas, Tricios, Arrubales, Ramírez, Guerreros y Chavarrías, varones eminentes en disciplinas eclesiásticas, oráculos de asambleas religiosas y lumbreras en las aulas del saber.

Nuestros también Marco Flavio Quintiliano, Maestro de Roma, pedagogo insigne y literato de eterna nombradía; Gonzalo de Berceo, por cuyos labios balbucieron las musas castellanas y cuyo numen realzó los floridos prados y las alegres romerías de la Rioja; Esteban Manuel de Villegas, el Anacreonte de las letras

españolas, el poeta de las dulces eróticas y tiernas cantinelas y el inspirado cantor del blando céfiro y vital aliento de la madre Venus; Juan de Jáuregui, famoso por sus poesías, y más si cabe, por su admirable traducción de la *Aminta* del Tasso, compitiendo con el original en naturalidad y dulzura; y Bretón de los Herreros, el ingenio saladísimo que se alzó bizarramente con el centro de la monarquía cómica, é hizo las delicias de generaciones que lo colmaron de aplausos.

Riojanos son los Argaiz, Loberas, Anguianos, González de Tejada, Riscos, Llorentes, Gobantes y Fernández Navarrete, eruditos historiógrafos de las cosas y tradiciones de nuestra tierra y nuestra patria.

Aquí nació el *Ticiano* de nuestros pintores, Fernández de Navarrete, el *Mudo*, á quien el cielo privó del habla para aumentar la elocuencia de su pincel hechicero. Aquí vieron la luz primera Arbulo, el pintor y decorador de la maravilla formentesca en la Catedral Calceatense; Segura, pintor y arquitecto favorito de Felipe II, cuya inspiración revive en el Monasterio del Escorial; Andrés de Nájera, el maestro de las famosas sillerías corales de Santo Domingo de la Calzada y San Benito de Valladolid; Alvarado, Leiva, Ortuño, Martínez del Barranco y muchos más, quienes dejaron por doquiera los destellos de su genio.

Aquí tuvieron su cuna Ruiz Díaz de Gaona, defensor del puente de Logroño en singularísima y caballerosa hazaña; Gómez de Gayangos, cuyo renombre corre parejas con los de Cano y Basco de Gama; Miguel de Zúñiga, que se batió bizarramente en la batalla de Lepanto; Antonio de Leiva, á quien llaman el héroe riojano por sus proezas en las Alpujarras, Rávena, Milán y Pavía; Sancho Londoño, tan diestro con la espada como ingenioso con la pluma; los Hircios, compañeros de Hernán Cortés en la conquista del imperio mejicano; Salazar, quien no dió descanso al brazo ni tregua á las armas durante los cuarenta años que militó en las guerras de Flandes, Portugal, Aragón, Valencia y Cataluña; Heredia, Coloma, Sánchez Salvador, que peleó briosamente en la jornada de San Marcial; Izquierdo, bizarro defensor de la Plaza de Rosas asediada por los franceses, y Zurbano, cuyos arrestos guerrilleros andan todavía de boca en boca entre nosotros. Y para completar este cuadro de bravura y heroísmo de

quienes derramaron generosamente la sangre por las glorias de la patria, pudiera incluirse en él la buena memoria de aquellos que la vertieron por llevar la luz de la fé á tierras apartadas y á través de mares no transitados: fueron los mártires de Cristo, almas inflamadas por el fuego Santo de la Cruz, los que con frases de paz y actos de sacrificio dieron su vida por salvar las almas de sus infelices hermanos.

Riojanos son también hombres tan celebrados por su sabiduría en ciencias humanas como los Bañeres, los Tejadas, García Carrero (Catedrático de la Universidad Complutense), Juvera y el Marqués de San Gregorio. Y lo son igualmente quienes descolaron y brillaron en la gobernación del Estado, entre ellos don Cenón de Somodevilla, Marqués de la Ensenada, el estadista más grande de la España de Carlos III; Ramírez de la Piscina, Coloma, Bustamante y Loyola, Marqués de Orovio y el preclarísimo hijo de esta tierra, don Práxedes Mateo Sagasta, hombre de profundo talento político, gran genio parlamentario y magnánimo protector de Logroño, ciudad que engrandeció y embelleció, elevándola al rango de prosperidad que á la sazón disfruta.

Aquí, de oro y damasco vestidas, meciéronse las cunas de los Tejadas de Valdosera, Ramírez de la Piscina, Manriques de Lara y López de Huro, progenie excelsa de la nobleza española.

¡Oh tierra mía! rica y soberana con las glorias de tus hijos: nada falta á la majestad de tu historia. Eres grande por tus hechos; y grande por cuanto representas en la vida de la patria. Hasta las grandezas de nuestra monarquía se vinculan y sustentan en tu suelo venturoso. En él vino á la vida la egregia madre de aquel rayo de la guerra, Alfonso VIII, ante quien deshecha quedó la morisma en las Navas de Tolosa. Tu proclamaste rey á Fernando III, insigne por su santidad y famoso por sus empresas. Tu levantaste los morados pendones por Juan I de Castilla. Tu velas el sueño de renombrados monarcas, infantes y caudillos.

¡Cómo no amarte, tierra bendita, si no hay en tí pedazo que no provoque á piedad, á nobleza y á heroísmo!... Desde las altas cumbres que á la Demanda coronan hasta los montes Ovarenes que el Ebro saluda, desde los enriscados Cameros, testigos de sangrientos combates, hasta los confines con Navarra, que presenciaron muchas veces el desfile de reyes y aparatos de guerra,

montes y confines que limitan tu suelo y lo escoltan con guardia de honor, no hay palmo de terreno que no recuerde tu excelsa historia, grande á través del tiempo y brillante en la soberanía de la patria.

¡Qué hermoso es el amor á la tierra donde se nace!... ¿Cómo no amarla?... Ella es la cuna de nuestra existencia y la primera que embelesó nuestros ojos: es el beso de nuestras madres, la balada de nuestras ilusiones, el lugar donde marcamos los primeros pasos de nuestra vida, el cariño de nuestros hermanos, escenario de nuestros juegos infantiles, tañido alegre de la campana de nuestro pueblo, memoria de la mujer que inflamó de casto amor nuestros juveniles corazones, la escuela donde irradió la primera luz á nuestro entendimiento, el Camposanto que guarda los restos de nuestros padres, sincera amistad de francas expansiones, el río cuya corriente recreó nuestros ojos, el valle de nuestras danzas y el picacho del monte que entroniza el desportillado castillo donde nuestro abuelo ponía el escenario del cuento fantástico durante la inverniza velada, mientras el viento silbaba por la chimenea y la ventisca penetraba por las rendijas de ventanas y murallones.

¡Qué dulce es el amor al país en que se nace!...

Una heredad en el monte,

Una casa en la heredad,

Y en la casa pan y amor...

¡Oh cuánta felicidad!

Pero, sobre el amor á la tierra nativa, sobre la dulzura de entrañables afectos personales, está el más noble y sublime amor á la patria, el amor más grande de los amores, después del amor, á Dios. Sobre el erotismo de Safo se agiganta la inspiración de Píndaro: sobre las intimidades de David aparece colosal el cántico de Moisés: sobre la elegía amistosa de Mosco, llorando á Bión, se yergue y sublima la queja de los Hebreos suspirando por la patria, al pie de los sauces desmavados del río de Babilonia.

Guárdete Dios, Rioja de mis cariños. Jamás el rayo del sol, que se deshace en cambiantes de luz y colores, embelleciendo tus colinas y matizando tus valles, asuele la riqueza de tus campos... Jamás siniestra nube engendre el granizo que destruya tus frutos... Jamás traidora peste sobre tus hijos bata sus alas...

Guárdete Dios, tierra de mis embelesos. Llevé tu imagen durante mis ausencias grabada en el alma, y los alientos de tu vida disueltos en la sangre de mis venas. Nunca te olvidé: te recordé con la pasión que los Israelitas recordaban desde el desierto á su Jerusalén la santa. Jamás riojano alguno llamó á las puertas de mi afecto que no me encontrase dispuesto á su servicio. Tus virtudes me fortalecieron; tus amores me inflamaron, tus glorias hechizaron mi alma... Sólo por tí y para ofrendarte aspiré á hacerme digno de tus atenciones y complacencias. Que yo no me ocupe en tí para otra cosa que ensalzarte y bendecirte Porque ahora como antes y después como ahora

 Mi fé, mi corazón, mi fantasía
 Las glorias cantan de la tierra mía.

Perdonad, señores, si fuí más lejos de lo debido y proporcionado al ocuparme en esta tierra querida, embelesado con sus grandezas y virtudes; y perdonadme en gracia á que quien mucho y de veras ama no encuentra palabras ni tiempo bastante para hablar del objeto de sus ansias y cariños.

Bien pueden ufanarse la Junta Magna de esta Fiesta Escolar y quienes, acudiendo á su llamamiento, le prestaron ayuda generosa, de haber trazado con meritorio acierto el patrón y dado la norma de lo que deben ser estas fiestas de recompensa á maestros y alumnos distinguidos, de estímulo eficacísimo y poderoso á todos ellos para ulteriores contiendas de su trabajo, de común requerimiento á las clases sociales para que sientan y aprecien la labor de la Escuela, de asociación entusiasta á cuantos aman la enseñanza y la difusión del saber, cual base de cultura, que es fundamento de prosperidad de la patria, y de satisfacción á los espíritus abiertos y francos que estiman como propia la ventura de sus semejantes. Yo felicito á todos: á los organizadores de este acto brillantísimo, y á cuantos han contribuído con su auxilio ó su presencia á realizarlo. Los felicito con el mayor entusiasmo de mi alma y con la autoridad que represento. Sirva á todos tan feliz resultado de beneplácito á lo presente y de compromiso de honor para repetirlo otros años y, si cabe, con más desnudo y lucimiento: que nobleza obliga. Os obliga también el alto y merecido concepto que, en los anales de la instrucción pública

de España, disfruta la provincia de Logroño, la que cuenta con establecimientos de enseñanza que sirven de modelo, con Escuelas apetecidas y preferidas por cuantos acuden á reñidas oposiciones, con respetados y excelentes Maestros, cuya labor fecunda da frutos esquisitos, con una Junta provincial ejemplarísima por su celo, su rectitud y diligencia, y con protectores espléndidos que enriquecen los medios de enseñanza, proveen á sus necesidades y patrocinan fundaciones de Escuelas. En el distrito universitario de Zaragoza no hay provincia que vaya más allá de la de Logroño, la que cifra su orgullo en la educación y cultura. Lo digo á sabiendas y sin ninguna lisonja.

Y vosotros, Maestros y alumnos galardonados, vosotros que acudisteis provistos de armas y fuerzas al torneo, cuyo resultado celebramos y refrendamos en esta fiesta, vosotros que habéis lucido en él la divisa del talento y del trabajo, y tras de reñida contienda habéis obtenido la victoria, yo os saludo con cariño y os brindo un aplauso desde el fondo de mi alma. Comprendo vuestro júbilo y me asocio á él con efusivo entusiasmo. Sírvaos el diploma recibido de hidálga ejecutoria que, á modo de blasón heráldico, podéis ostentar en el mundo de la cultura...

No debo dejar en olvido á quienes animosos acudieron al combate, siquiera no se coronen con el laurel de la victoria. En luchas de nobleza y voluntarias, presentarse en ellas supone aptitudes excepcionales y es un mérito positivo, digno de aprecio, de estimación y elogio. En ellas no solo es heroico alcanzar el triunfo: lo es también el pretenderlo. Por esto felicito sinceramente á cuantos acudieron á la oposición, aun á quienes el justo fallo del tribunal dejó en silencio. Que les sirva de estímulo y empeño para templar mejor las armas y esgrimir las con mayor fortuna y brío en posteriores contiendas. ¡Luchas santas, que ni tiñen de sangre los campos ni enlutan la vida de los pueblos; luchas que sirven de emulación á la inteligencia y de acicate á nobles aspiraciones; luchas que recompensan el esfuerzo del estudio y favorecen el humano perfeccionamiento, enaltecéndolo y dignificándolo; luchas bienhechoras, Dios os proteja y bendiga!...

No me entretengo más: voy á anunciaros la materia de lo que, con más tiempo, habría sido objeto de un discurso, y que, en las actuales circunstancias, no pasará de breves consideraciones, ins-

piradas por mi interés y amor al Magisterio de primera enseñanza, aprovechando la oportunidad de hallarse aquí la mayor parte del de la provincia de Logroño. Quiero hablaros de algo que atañe directa y esencialmente á su profesión nobilísima y sus personales prerrogativas. Ved el tema: *Autoridad del Maestro: medios de conservarla*. Es cuestión de pedagogía social, muy conocida seguramente de los señores Maestros; pero tan interesante y de importancia tanta que bien merece recordarla constantemente, cimentando sobre ella la soberanía del Maestro y deduciendo de la misma los altos deberes y sagradas obligaciones que el cargo lleva consigo. No pretendo ahondar la materia con aparato de filosofía y de historia pedagógica. Bástenme ligeras reflexiones, entretejidas en cañamazo de exposición clara y sencilla.

¡Maestros! Palabra de nobleza y distinción, que por sí misma indica superioridad, alteza, imperio y sabiduría sobre los otros, sobre los demás, sobre cuantos carecen de derecho para usarla y lucirla. *Magister*, maestro, es ser más que otro, algo que sobresale, que descuella, que se eleva y se levanta sobre otros hombres, por mérito positivo y personal que lo distingue y encumbra, y cuya supremacía es reconocida y acatada. Tal es el concepto que dicha palabra tuvo en tiempos antiguos, y el que tiene en los nuestros. En aquellos fué sinónimo de magno, de grande, y se usó para designar la mayor dignidad, la plenitud de la dignidad, la majestad humana. Los griegos honraron con ella á sus más afamados pensadores, y los romanos la aplicaron á sus magistrados más excelsos. Maestros se llamó á quienes, cerca de Emperadores, Césares y reyes, gozaron preeminencia de pedagogos y consejeros, interviniendo en la educación de soberanos personajes y en la gestión del Estado. Maestro llamaron á Jesucristo sus discípulos, las personas cultas que lo trataron y la muchedumbre que embelesada recogía la doctrina que brotaba de sus labios divinos. En siglos posteriores hallamos la palabra *maestro* aplicada á personas diestras é ingeniosas en esparcimientos y recreos (*magister ludi*) y á las dedicadas á transmitir los conocimientos de la primera enseñanza. Llegado el siglo XII, al *maestro de juego* se llamó Maestro de niños. En sentido limitado y educativo, el Maestro moderno es el antiguo pedagogo, que ocu-

pó puesto muy distinguido en la historia civilizadora de los pueblos. Hoy llamamos Maestro al educador del niño en la Escuela, al mentor de la niñez, á la persona encargada de enseñar los rudimentos ó primeras nociones de la sabiduría humana; es decir, á cuantos ejercen la benemérita profesión de instruir y educar al hombre en los primeros años de la vida.

Excede á toda ponderación y encomio la profesión del Maestro. Salvo el Sacerdocio de nuestros altares, ungido con el óleo santo para ofrecer debidamente á Dios el holocausto de la Majestad divina y conducir las almas á su ulterior destino, no hay sobre la tierra otro que desempeñe misión más alta y encumbrada que la del Maestro. El hombre, después de sus padres, lo debe todo al maestro quien, bien mirado, representa para aquél mientras es niño, una paternidad de amores y apasionamientos nunca bastante agradecida y apreciada.

Porque el Maestro coge al niño y lo transforma en hombre, laborando en el desarrollo de su embrionaria inteligencia y vigorizando su voluntad para el recto cumplimiento de sus deberes individuales y sociales.

El Maestro encamina al niño hacia prerrogativas nobles y soberanas que lo distinguen y enaltecen sobre los de sus seres de la creación visible, colocando en su frente la diadema irradiante de racional privilegio.

El Maestro, con su trabajo y sabiduría, ilumina espléndidamente la inteligencia del niño, descubriéndole horizontes velados, donde hallará elementos que lo colmarán de felicidad y le harán agradable la vida.

El Maestro sorprende con sagaz penetración y sabia experiencia íntimos impulsos y ocultos movimientos en el corazón del niño, y los extingue ó los cultiva, según entorpezcan ó ayuden á su perfeccionamiento.

El Maestro seduce con habilidad y destreza la voluntad del niño, y le hace amable el trabajo y la virtud y odiosas la ociosidad y el vicio, infundiéndole alientos para los rudos combates de la vida.

El Maestro forma la personalidad psicológica de la criatura, cincelandó en ella, con habilidad artística, los rasgos y perfiles que la distinguen y destacan. A los cortes de su escoplo y golpes

de su martillo se desprenden y deshacen sinuosidades y asperezas que afean y desfiguran la belleza del ser hecho á imagen y semejanza de Dios.

El Maestro coopera cual ninguno á la obra redentora de la cultura humana.

De su labor depende en gran parte la felicidad del individuo, la ventura de los hogares y la prosperidad de los pueblos.

En su mano está inspirar el bien, ó inducir al mal.

Altísima es su misión; poderosísimo su influjo; grandísima su responsabilidad. A nadie, como á él, se ha de pedir cuenta de los talentos recibidos y su empleo.

Porque la acción del Maestro no se limita al individuo: se extiende á la familia, trasciende á la sociedad, é interesa á la patria. El porvenir, lisonjero ó adverso de la nación, depende de la labor del Maestro. Bendita sea, si se encamina al bienestar de aquélla.

Bendita sea, si responde fielmente al deseo y los anhelos de quienes entregan sus hijos al Maestro, confiándole naturales, íntimas y caras obligaciones, haciéndole objeto de honrosísima delegación y depositario del rico tesoro de sus ansias y cariños.

Bendita sea, si el Maestro, bien penetrado del cumplimiento de sus deberes, contribuye eficazmente á enderezar los pasos del futuro hombre por los senderos, no siempre llanos y floridos, de la virtud, de la justicia y del amor.

Ministerio de tanta virtualidad y estima supone en quienes lo representan y desempeñan una autoridad que deriva lógicamente de la propia naturaleza del cargo ejercido. En efecto: cuanto tiende al perfeccionamiento humano, y más si envuelve sacrificios, privaciones, abnegación, esfuerzos, trabajo constante y dispendios de generosidad amorosa á extraños intereses, es digno y merecedor de nuestra admiración y acatamiento; subyuga nuestra voluntad, despierta nuestra simpatía y se apodera de nuestros personales afectos. El sentimiento que el Maestro despierta en el niño es de sumisión, de docilidad y de obediencia. El niño ve en el Maestro un superior que le ama, instruyéndolo y educándolo; haciéndole bien; descubriendo á su alma un porvenir de felicidad y ventura. Y el niño, siquiera inconscientemente mientras es tal, lo acata y venera; y cuando llega á hombre, dándose cuenta del

bien recibido, mantiene hacia el Maestro el afecto respetuoso que le inspiró en la Escuela. El Maestro es siempre autoridad para quienes son ó fueron sus alumnos; porque, aun para quienes de los últimos deja de serlo en cuanto á la vida intelectual, ó en el orden del saber, sigue siéndolo para sus corazones, donde no se extingue el amor que hizo brotar en ellos. Olvidemos excepciones que, si existen, será en cuanto á su externa manifestación, pero no dentro del santuario de la conciencia. Yo, al menos, así pienso. Jamás he recordado la memoria de mis maestros sin amarla y bendecirla. Ya se rindieron todos al peso de la presente vida. Dios les haya premiado el bien que hicieron á mi alma.

Esta poderosa autoridad del Maestro es propiedad personal suya; no es delegada ni conferida, por más que las leyes las sostengan y refuercen; y ella es necesaria para cumplir debidamente su misión interesante. Sin ella, su trabajo resulta infructuoso y su labor es nula. La Escuela es un organismo, es una familia: organismo que no obedezca á leyes de su naturaleza, deja de ser tal, y queda deshecho: familia que desconozca la superioridad del padre, desatienda sus mandatos y rompa vínculos entre sus miembros, se destruye por sí misma. Por eso, la Providencia, que dió leyes hasta á los astros de carrera más excéntrica, y lo ordenó todo con peso, compás y medida, imprimió en la persona del Maestro la majestuosa autoridad propia de su misión educadora. La autoridad del Maestro es acatada por todos en el orden temporal humano. Y no hay en este orden poder más grande, ni soberanía más extensa y arraigada. Menguado quedaría el poder de los Alejandro y los Césares, si compararse quisiera con el de los pedagogos y maestros. Las conquistas de aquéllos fueron temporales y reducidas: las de éstos son eternas y mundiales. ¿Qué ver tienen las unas con las otras? Los ejércitos poderosos y aguerridos podrán borrar fronteras y desfigurar el mapa de los pueblos; pero nunca podrán conquistar el mundo de las almas, ó la fortaleza de los corazones; mientras el Maestro, sin el estruendo de sangrientas batallas, conquista pacíficamente el mundo del espíritu y avasalla los corazones que lo aclaman, victorean y entronizan.

Si, pues, al Maestro es tan necesaria la autoridad en su cargo,

debe procurar mantenerla con vigilancia exquisita, como se guarda un tesoro, base de felicidad; y, para conseguirlo, precisa que posea bien cimentadas y vigorosas, prendas valiosísimas y cualidades excepcionales que demanda su misión elevadísima y exige su personal prestigio. Bien se comprende que misión tan noble, tan digna y tan excelsa requiera que los llamados á desempeñarla y cumplirla sean hombres distinguidos por la elevación de sus ideas, delicadeza de sentimientos y nobleza de sus obras. Por lo que sabios pedagogos apuntan y razonan las cualidades que deben adornar al Maestro, clasificándolas en físicas, intelectuales y morales.

Las primeras suponen un hombre sano, robusto y de buena presencia, ó que no se preste al ridículo, limpio de defectos que puedan menoscabar el respeto de los niños ó producirles disgusto al concurrir á la Escuela. No son exigencias infundadas ó caprichosas dichas cualidades. La enfermedad es egoísta y entorpece al hombre para el cumplimiento de sus deberes sociales; y si es repugnante ó contagiosa, lo aleja del trato de gentes, ó perjudica la salud de aquéllos con quienes se relaciona. La labor de la Escuela, aunque vulgarmente se entienda otra cosa, es molesta, ruda y fatigosísima, mucho más si el local carece de condiciones higiénicas, y exige en el Maestro un organismo vigoroso y resistente á la acción desgastadora de un trabajo penosísimo por su complejidad y constancia. El Maestro es un héroe desconocido, cuyos combates y victorias quedan ocultos, sin coronas que los anuncien, ni cronistas que los pregonen.

De las cualidades intelectuales sólo mencionaré, por más necesarias y salientes, clara inteligencia y sólida instrucción. El Maestro necesita clara inteligencia para conocer con certeza y provecho las aptitudes y condiciones de sus alumnos; advertir las distracciones, las dudas y las incomprendiones retratadas en las fisonomías de los niños; aclarar conceptos, palabras y doctrina; elegir sistemas, métodos, formas y procedimientos de enseñanza, y manejar el material científico, contribuyendo todo ello á los beneficiosos resultados de la instrucción y educación. El Maestro requiere sólida instrucción en todo cuanto ha de ser objeto de su enseñanza, y aún más, para dominarlo y facilitarlo con claridad y sin embarazo. El espíritu inquieto y á veces pene-

trante del niño puede ponerlo en trance de perder ascendiente y competencia, si no resuelve satisfactoriamente la cuestión que se le propone. La instrucción del Maestro debe ser, primeramente, la especial de su carrera, la que se concreta y reduce á los conocimientos de materias y cosas que ha de enseñar; y después, la instrucción pedagógica, que le habilitará para transmitir con claridad y provecho los conocimientos adquiridos, y le permitirá distinguir las facultades que ha de educar, elegir los medios que deben emplearse en el proceso educativo, y dirigir bien la Escuela encomendada á su cuidado: no desatenderá la instrucción antropológica, que le hará apreciar la naturaleza y condiciones del niño: no desconocerá la Legislación Escolar, para hallarse al tanto de sus derechos y sus obligaciones; y poseerá, por último, cierta cultura general que lo pregone hombre instruído en la sociedad en que vive.

Entre las cualidades morales, una es la *vocación*, primera entre las demás, porque sin ella todo es molesto, forzado y enojoso. La vocación cuadra y abarca las profesiones todas. Pero en la del Magisterio es más interesante, por ser profesión ardua, difícil y excepcional. Llevando ésta consigo, mucho de abnegación, liberalidad y sacrificio, se comprende que el mentor de la niñez deba sentirse impulsado por fuerza interior é irresistible, cuya atracción amorosa y solícita le dulcifique y embellezca rudezas, contrariedades, amarguras y sufrimientos que le esperan en el calvario de su profesión educadora. Quien con vocación sana y decidida abraza el Magisterio, es un verdadero Maestro, y á ese las asperezas del cargo se le tornan en suavidades y dulzuras.

Como el Maestro representa en la Escuela la paternidad del hogar, y lleva al niño á la vida social é intelectual, es muy natural y lógico que sienta su corazón abrasado de celo nobilísimo por la prosperidad de sus educandos y que se esfuerce en que todos ellos alcancen los mayores beneficios de la enseñanza.

Cualidad fundamental del Maestro es la bondad de carácter, ó que sea amable, complaciente, simpático, atractivo y cariñoso, para captarse el aprecio y la confianza de los padres y la adhesión, docilidad y respeto de los niños, haciendo de la Escuela un centro de sociedad, al que se acuda con presteza y gusto, y

de la educación, un ejercicio agradable y no fatigoso. La dulzura es la soberana del corazón, palanca de Arquímedes que remueve los mayores obstáculos y predispone á simpatía y cariño: hasta el colérico le rinde homenaje. La aspereza es molesta y repulsiva; la afabilidad impera sobre los corazones. Cierto que la bondad ha de contenerse discretamente, sin llegar á contraproducente y adversa, quiero decir, sin degenerar en debilidad que anule ó quebrante la autoridad del educador. La prudencia, según Santo Tomás, es la reguladora de las virtudes, y el Maestro debe tenerla exquisita: quien educa ha de mostrarse perfectamente educado. Sólo así salvará dificultades, y podrá obtener el merecido fruto de sus trabajos y desvelos.

Paciencia sin límite recomiendan los tratadistas al Maestro, y en verdad que la necesita privilegiada, para soportar las especialísimas genialidades é inquietudes de los niños, y las preocupaciones y ciegos apasionamientos de los padres. La necesita especialmente para corregir travesuras, distracciones y torpezas del educando, tornándolo á la procedente quietud, atajando sus displicencias, ganando su atención, repitiendo, aclarando y ampliando lo no entendido, mediante atinados recursos didácticos, con cariño y buen deseo, sin que se advierta en su aplitud, en su rostro ó en su voz molestia, enfado, impaciencia, ni coraje que ofenda ó enoje al niño. Paciencia sin límite dicen las pedagogías: caridad inagotable, digo yo. En este sentido el Maestro debe sentirse abrasado por la llama de la más ardiente caridad; su corona es corona de espinas, su profesión representa un sacrificio en holocausto al amor de sus semejantes; parejas corre con el sacerdote, que da la vida por la salvación de las almas, y con el guerrero que la entrega por la gloria de la patria. Digo del empleo de esta cualidad, lo que indiqué hablando de la precedente. La paciencia, que resiste las bruscas sacudidas del mal humor, del enfado, del enojo, de la ira y la cólera, tormentas que empañan el horizonte serenísimo y apacible de la razón, del sentimiento y de la voluntad, albergue santo de lo perfecto y ordenado del alma, no debe atentar á la *firmeza* de ánimo, no ha de quebrantar y menos anular la personal autoridad del Maestro y su indispensable superioridad sobre los niños, so pena de trocar el orden por el caos y destruir la obra de la enseñanza.

Una de las cosas en que más atención y cuidado debe poner el Maestro es en saber conducirse con las autoridades locales y con la sociedad en que vive. De ello depende en gran parte su prestigio y buenandanza. Puede decirlo: muchos disgustos y amarguras, que los Maestros padecen y lamentan, proceden de sus relaciones con las autoridades gubernativas, administrativas y eclesiásticas principalmente. Como quiera que el Maestro representa legítima autoridad, y viene obligado á cultivarla y defenderla, puede ocasionar, no digo que ocasione, choques y animosidades con las otras, acarreando molestias, excitando el amor propio, ofreciendo pernicioso ejemplo, dividiendo los ánimos, levantando banderas, agitando las pasiones y declarando la guerra en los pueblos, llevando á veces la peor parte en esas contiendas, quizá porque su misión es de paz y concordia, concluyendo en ocasiones por hacerse incompatible, y siempre por perder autoridad, prestigio, bienestar, y verse envuelto en enojosa expedientes gubernativos. ¿Quiero decir que el Maestro se deje ofender y atropellar en su persona y en su cargo? Nunca: los cargos hay que llevarlos con dignidad y decoro; hay que defenderlos con celo y valentía; hay que ser, si llega el caso, víctima de ellos. Pero la defensa no es el ataque: prudentemente debemos defendernos, sin agredir, sin ultrajar. La ley es la defensora de nuestros derechos: las autoridades superiores deben ampararnos: los tribunales, vienen obligados á sentenciar en justicia. El varón prudente sabe defenderse sin tropezar en escollos y apasionamientos que deslucen la razón y justicia de su honra. ¡Qué hermosura ver á las autoridades todas girando cada una en su propia esfera, vivir concertadas, como buenas amigas, y asociadas en la obra común del bienestar de los pueblos!

El Maestro, sin mostrarse ajeno ó indiferente á ese bienestar, deberá serlo á todo aquello que represente bandería, parcialidad ó división entre sus convecinos, aconsejando la paz é induciendo discretamente á lo que sea ventura de la patria y felicidad del pueblo. Advierta el Maestro que ejerce un apostolado de educación en el perfeccionamiento humano; y que, si el taller de su trabajo es propiamente la escuela, él debe ostentar doquiera y siempre la finalidad de su obra benéfica; lo cual le impone cierta dignidad, mostrándose hombre correcto é intachable, tanto en la vida públi-

ca como en la privada, absteniéndose de cuanto pueda menoscabarla ó deslucirla, y le exige ser hombre bien educado, deferente, tolerante, atento, cortés, correcto en sus maneras, natural en su porte, sencillo en su trato, prudente sin cobardía, humilde sin artificio, sin lisonja, ni humillación, modesto, recatado, leal con sus amigos, caballeroso con todos; en suma, un buen esposo, un buen padre y un buen ciudadano, como debe serlo aquél que, al educar, ha de dar ejemplo con su propia persona, ofreciéndose modelo y dechado de las virtudes y excelencias que ha de inspirar y enseñar. Fray Ejemplo, dice un tratadista, tomando la frase del gran Cardenal Cisneros, es el mejor predicador.

Pero la piedra más brillante y de alto precio que ha de ostentar la corona mayestática del educador del niño, el Maestro de escuela, es aquella que se encuentra, se conquista y se talla en las íntimas relaciones de la criatura con su Criador, base y fundamento de los derechos y deberas del hombre para consigo y sus semejantes. Sin el sentimiento religioso, bien amado y practicado, la vida presente se hace carga pesadísima y á veces insoportable, se esterilizan los impulsos más nobles, se menguan las empresas más elevadas, se relajan los vínculos sociales, falta valor para llegar á lo heróico, y se anula el destino ulterior del hombre, amparo del débil, esperanza del justo y recompensa del sacrificio. El Maestro ha de ser hombre de creencias, porque obligado está á transmitir las al niño enseñándole la doctrina santa de la religión de Cristo, la más humana, la más civilizadora, la más redentora, la más sublime y, en España, la única religión del Estado. Mal podrá el Maestro, dice un autor, enseñar que el temor de Dios es el principio de la verdadera sabiduría y que la virtud es el freno de las pasiones, si el educador no es creyente y virtuoso, pensando, sintiendo y obrando piadosamente en todos los momentos de su vida. Por mucho que nos esforcemos en hacer del niño un sér creyente y virtuoso, nunca será lo bastante para ponerlo en condiciones de resistir el asalto de las pasiones, las seducciones del egoísmo, los halagos de la vida y los apremios de humanas concupiscencias. Yo entiendo que para andar bien con los hombres, es preciso estar bien con Dios. Quien teme á Dios, respeta al hombre; quien ama á Dios, es un ángel en la tierra. Maestros, compañeros míos y amigos de mi alma, haced al niño reli-

gioso, que lo demás se le dará por añadidura y cooperará eficazmente á vuestra obra educativa.

Quiero añadir un rasgo final á los que vengo describiendo y señalando en la honorable personalidad del buen Maestro. Este es para mí quien, con vocación franca, instrucción suficiente, condiciones pedagógicas, laboriosidad incansable y liberalidad generosa, se entrega de lleno á la Escuela, y se consagra por completo á la instrucción de la niñez, sin dar oídos á la Ninfa seductora de humanas pasiones, de naturales desasosiegos y frecuentes decaimientos que entorpecen el austero desempeño de su misión redentora.

Con tales prendas, que estimo casi privativas del Maestro, labora éste, y levanta la autoridad que necesita para educar á los pequeños, y se conquista el aprecio de los mayores.

No se me oculta que vengo dando al personaje de mi pintura ciertos rasgos singulares y peregrinos, que, por tales, es difícil descubrir en todos los individuos del Magisterio. Pero, aparte que los últimos son pocos, es saludable presentar ese tipo para que, como espejo, todos se contemplen en él, y todos sepan que su mayor ó menor prestigio profesional depende de la posesión y el empleo de las mencionadas cualidades.

Bien sé yo los obstáculos y contradicciones que se oponen en parte á que el Maestro sea un buen Maestro y se dedique exclusivamente al cumplimiento de su cargo. Como sé también que su situación ha mejorado de algún tiempo acá, y es seguro que llegará pronto á mayor prosperidad y ventura, cual merece. Precisamente para conseguirlo, es necesario que lo solicite razonando sus aspiraciones, y ningún razonamiento más poderoso y persuasivo que el fruto del trabajo y el esmerado desempeño de la escuela. Formad opinión; sean favorables las visitas de los inspectores; desaparezcan ciertos expedientes gubernativos, y estad seguros de la victoria. Yo soy el primero en desearla, y lo seré igualmente en aplaudirla.

Entre tanto, pensad que no hay virtud mayor que cifrar el propio bien en la dicha ajena. Esto sucede al Maestro. Sus alumnos dejan la escuela, la escuela donde abrieron sus ojos á la luz del saber; concluyen sus estudios; llegan á ser hombres notables; y, mientras unos alcanzan los triunfos del foro, otros los aplausos

de la tribuna, éstos la gloria de las artes, aquéllos la fama del filósofo y los más altos honores y dignidades... ¿qué es de su maestro?... ¿qué es del hombre á cuya enseñanza deben en gran parte sus brillantes posiciones?... Si lo buscáis, lo encontraréis en el retiro de su modesta vivienda. Quizá leyendo allí con paternal orgullo, la carta ó el periódico que le comunica el encubrimiento de alguno de sus antiguos discípulos. Y al saberlo, aquel maestro... tal vez anciano, entibiado el ardor de su sangre por la nieve de la vida, siente que su corazón se extremece á impulsos del mayor entusiasmo... y se enternece... y lágrimas de placer se agolpan á sus ojos... y al fin llora... llora agitado de inmenso júbilo y de santa gratitud al ver recompensados sus afanes con la prosperidad de sus discípulos, y no aspira á mayor recompensa ni más alto premio. Aquel día abre satisfecho las puertas de su escuela sin pompa de ninguna clase, sin ostentación y ruido de ningún género, vestido como siempre, humildemente vestido. Pero ¿qué importa la obscuridad de su vida, que importa la pobreza de su vestido, que importa que el vulgo no sepa apreciar al maestro en cuanto vale y merece?... Para el mundo de la inteligencia, para cuantos sienten hondo y saben mirar á lo alto, esa vida tan pobre, menguada y oscura al parecer, está revestida de brillantísima aureola. El desnudo entarimado de la escuela, ó su mal enlosado suelo, tiene para el maestro más aprecio y valor que los alfombrados salones de los poderosos de la tierra. Y en aquel mísero y reducido escenario de su vida alcanza pacíficamente con su palabra y sus amores más conquistas para el progreso humano que el guerrero entre el fragor y el estruendo de sangrientas batallas.

He aquí lo meritorio del trabajo del Maestro. Su recompensa es la satisfacción del deber cumplido; la mayor satisfacción que puede gozar la criatura en el fuero de su conciencia, ante Dios y ante los hombres. Su recompensa es noble, purísima y desinteresada, resplandeciente de hermosura y simpatía: cifrar el bien propio en la dicha ajena.

Esto decía yo desde la presidencia del Congreso Nacional Pedagógico celebrado ha dos años en Zaragoza; y lo repito ante vosotros con las mismas palabras, porque, francamente, no sabría decirlo mejor que lo dije en aquella cultísima asamblea.

Y aun añadía, y tengo interés en repetirlo: ¡Salve, Maestro! eres grande como grande es tu obra, que contribuye poderosamente al engrandecimiento y bienestar de la patria. Pero, para aplicarte tal honor y ostentar legítimamente tan noble ejecutoria, es necesario que cumplas los altos deberes de tu destino, instruyendo y educando, iluminando la inteligencia, embelleciendo el corazón, enderezando las fuerzas todas del sér humano por medio del progreso, por el camino del bien, á la mayor perfección del hombre, á dignificar á la criatura racional hasta acercarla á Dios, hasta hacer que el hombre llegue á ser verdadera imagen de Dios.

Para esto necesitas despertar en el niño amor al trabajo, al estudio, á la sabiduría. No por orgullo, y menos por vanidad de saber más que los otros, que por muchos conocimientos que atesoremos y muchos secretos que arranquemos á la naturaleza, á la ciencia y al arte, habremos de confesar con el filósofo que «sólo sabemos que nada sabemos», ó compararnos á lo más con el gran Newton «á un niño que, paseándose en la playa, encuentra una concha ó piedrecita más bella que la que encontraron allí sus compañeros, en tanto que tiene delante de sí un Océano de verdades no descubiertas»; sino para ser más buenos y menos ignorantes á la luz encantadora y brillante de la ciencia; para que devolvamos los talentos que se nos dieron y, si puede ser, con creces y en mayor número.

Al llegar á esta parte del discurso, vienen á mi memoria las palabras de un honorable maestro de escuela á quien apremiaban con ingenio y elocuencia dos jóvenes comprofesores, ufanos de su sabiduría y modernos conocimientos: «Es verdad, lo reconozco, decía el venerable anciano: sabéis más que yo; conocéis sistemas y métodos venidos recientemente al campo de la Pedagogía y desconocidos en mi tiempo; pero yo puedo decir, y os digo, que en cuarenta y cuatro años que llevo de maestro, la Guardia Civil no condujo á ninguno de los que han sido mis discípulos.»

Infundid alientos al niño para que no desmaye ante los vastos horizontes del saber; decidle que la acción de la inteligencia es como las olas de los mares que muerden y socavan las arenas de la playa y las rocas de la costa; decidle que el tiempo, como el

agua de los ríos, pasa y no vuelve. Decidle que la hermosa parábola del *Hijo Pródigo*, apenas da idea de la vergüenza y el remordimiento que sienten algún día los hijos pródigos de la Escuela al contemplar la desnudez de su inteligencia. Descifrádsela y aclarádsela, aplicándola al caso, que es interesante. Y ya que de parábolas hablo, explicadle también la de las Vírgenes Prudentes y la de las Vírgenes Fatuas; representación aquéllas de laboriosidad, previsión y diligencia, y éstas, de pereza y descuido.

Inculcadle la virtud de la constancia en su trabajo, que ella lo conducirá á la satisfacción de la victoria.

Decidle que, por su propio interés, no se detenga nunca ante las fatigas del estudio. No hay dicha ni galardón que éste no pueda facilitarle. Si ambiciona los laureles del poeta, sembrados están de ellos los linderos del camino. Si busca la reputación del jurisconsulto, el renombre del médico, la fama del sabio ó la gloria del guerrero, decidle que avance y avance hasta escalar la cumbre del esfuerzo, que en ella se entroniza para los incansables el templo augusto de la inmortalidad....

Decidle, en fin, que mediante el estudio satisfará legítimas aspiraciones, por encumbradas que sean; y no sólo logrará realizar esas doradas ilusiones, propias de mayor edad, sino que se hará digno de que extremezcan su alma purísimos latidos de amor; que son tan nobles y civilizadores los sentimientos de la mujer, tan sabia y exquisita su natural previsión, que nadale se duce tanta como el hombre que descuella por su talento, y es que adivina, sin duda con su intuición misteriosa, que la mayor cantidad de conocimientos da generalmente mayor cantidad de bienestar, y que la suma de felicidad de las familias representa, en último término, el total de la felicidad de la patria.

¡La patria!... ¡Ah! Inspirad á los niños el mayor afecto, amor y cariño á nuestra España, tierra bendita que nos ha visto nacer y en la que debemos pedir á Dios que queden depositadas las reliquias de nuestros huesos cabe las cenizas de nuestros padres. Sed infatigables en infundir estos amores á esos niños, esperanza de la patria. Ahora como nunca: que nunca el buen hijo ama tanto á su madre como cuando la ve necesitada y dolorida. No os canséis de pregonar el mayor cariño para esta nación bizarra,

la primera del orbe cuando el sol no se ponía en sus dominios, y sutherland lengua se oía en todas las partes de la tierra; cuando recogía laureles en Lepanto y Pavía y plantaba la Cruz en los Andes de América: matrona omnipotente que arrastró la orla de su purpúreo manto por países desconocidos y mares no transitados. ¡Oh patria mía! Patria de Fray Luis de León y de Herrera, de los Argensolas y Quevedo, de Lope y Calderon, de Lulio, Suárez y Balmes, de Melchor Cano, Láinez y Molina, del Brocense, Arias Montano y Hervás, de Zurita y Mariana, de Feijóo y Masdeu, de Denoso Cortés, Argüelles y Alcalá Galiano, de Numancia y Zaragoza, de Gonzálo de Córdoba y Juan de Austria: patria querida, no permita Dios que yo te nombre sin quererte y venerarte... !Que la bandera de rojo y gualda que inspiró ejemplos de grandeza y heroísmo, escritos con sangre en los campos de batalla, y pregonó tus glorias de un extremo á otro de la tierra, sirva de aliento y emblema de honor á los hijos de España!..

Hacedlo así, señores y amigos míos: hacedlo vosotros, compañeros en las rudas tareas de la enseñanza: cumplid debidamente vuestra interesante misión de instruir y educar, inspirando y formando en el niño ideas grandiosas, sentimientos nobilísimos y firmes determinaciones de la voluntad al bien suyo y al perfeccionamiento humano. Hacedlo así para que cuando llegue el día, que llegará, á pesar de dudas y negaciones, podáis ostentar en vuestra frente erguida la oliva de Minerva, á la vez que el justo la palma del Calvario.

— FIN —



